

al salir Félix para el patíbulo, indicó la inocencia del que era tenido como miembro pernicioso de la sociedad.

Así la Providencia se valió de un sér, el más humilde, para descubrir lo que dos malvados habían ejecutado sin testigos, con el mayor secreto, y dejando indicios que hiciesen caer la acusación del crimen sobre un inocente. Félix, conmovido aún por el recuerdo de la terrible escena que acababa de pasar, marchaba en el coche con el digno juez, y mereciendo mil finas atenciones de tan celoso funcionario, hacia la casa del gobernador. El padre Enrique, mirando en aquel admirable suceso la mano del Creador, se dirigió hacia el templo de San Fernando a darle gracias por su misericordia. Y Margarito, rodeado de un numeroso público, se entretenía en contar la manera con que había descubierto que Willey era monedero falso, y que al ver sentado a Félix para recibir la muerte, sintió que su conciencia le gritaba que no le dejase morir, y que por eso confesó que era inocente.

Todo, pues, había terminado de una manera inesperada y feliz. Y para que nada faltase a aquel admirable cuadro, en aquellos mismos instantes, Duval arrepentido, contrito, acababa de expirar, absuelto por un ministro del Señor, después de haber dispuesto ante un escribano, que se devolviesen a Leopoldo los treinta mil pesos de las libranzas cobradas en nombre de su buen padre, y señalando otras gruesas cantidades para que fuesen entregadas a las diversas personas que nombró. Al saber su muerte, Amalia y la agraciada Luz cayeron de rodillas ante una imagen de la Virgen, a rogar por el descanso de su alma.

## CAPITULO XXIX

### Acción de Cerro Gordo

El doctor, en cuanto se vió en la calle, corrió a su casa, recogió cuanto pudo en alhajas, dinero y papeles; montó en un caballo, y salió de la capital antes de que pudiesen sospechar que él era el matador de Duval. Su afán era llegar a Veracruz.

La plaza estaba sitiada desde el día 9 de marzo por los norte-americanos, y Willey había pensado reunirse a ellos para volver triunfante a la capital y recoger todo lo que se había obligado a abandonar en su precipitada fuga. Con la muerte de Duval, podían los giradores de las libranzas

## EL MENDIGO DE SAN ANGEL



—No le matéis..., no le matéis...; es inocente.



cambiar de pensamiento, y no quiso exponerse a recibir el terrible golpe de que al presentarse a cobrarlas, se las respaldasen por un nuevo aviso. El genio del mal, que parecía empeñado en protegerle, hizo que encontrase el ejército invasor en marcha hacia México, apoderado de Veracruz por capitulación el 27, y se agregó a él como voluntario de caballería. Pronto su instrucción, su conocimiento del país y del idioma, y el valor que había desplegado en algunos encuentros parciales, le alcanzaron el grado de capitán. Los socios subalternos que habían salido conduciendo a Soledad hacia el puerto, recibieron orden de venir con el convoy detrás del ejército, como simples particulares que traían una enferma en la litera.

El general Santa-Anna, con la actividad que le era característica, había reunido en Cerro Gordo un ejército de catorce mil hombres para contener los avances del enemigo y vencerle en una batalla.

Las brigadas de los generales Pinzón y Rangel, las compañías de nacionales de Jalapa y Coatepec, mandadas por el valiente capitán Mata, y la sufrida y benemérita división que había combatido en la Angostura, fueron llegando al campo, deseando medir sus armas con las de sus odiosos contrarios. Estos se presentaron a los pocos días en el Plan del Río, y los mexicanos activaron, en lo posible, los trabajos de las fortificaciones.

El teniente coronel Robles, cuya reputación, como hombre de saber y de valor, estaba bien sentada en el ejército, y cuyo nombre se había hecho notable durante el sitio de Veracruz, había mandado alzar, al borde de los tres ramales de las lomas de la derecha, un parapeto. El coronel Cano, infatigable también y lleno de ardor patrio, había cortado el camino en el punto que éste cambia de dirección a la falda derecha del Telégrafo, y colocó allí una batería de grueso calibre, practicando a la vez un camino cubierto que conducía a las posiciones de la derecha. No con menos acierto había formado el general Alcorza una tala circular en la cima del cerro mencionado, en la cual situó una batería de cuatro piezas de a cuatro.

En el centro de esta obra, flameaba vistoso, y enardeciendo con su vista el corazón del soldado, el pabellón nacional. Más a la izquierda sólo se veían espesísimos breñales y barrancas, que el general Santa-Anna, había dado por cierto ser inaccesibles.

El ejército enemigo había acampado sobre el camino,



frente a las posiciones de la derecha, como a tres cuartos de legua de distancia.

Era la noche del 17 de abril. Los norte-americanos, después de haber intentado un ataque para reconocer las posiciones de sus contrarios, se habían retirado rechazados vigorosamente por las tropas mexicanas. Los invasores descansaban en sus tiendas de las fatigas del combate, para volver al siguiente día a dar uno decisivo y sangriento.

Sólo un capitán de caballería permanecía sentado en la suya, hablando con un hombre, que por su traje revelaba no pertenecer al ejército.

—Dentro de pocos días estaremos en la capital —decía el primero apurando un trago de vino de una botella que tenía al lado, y que se le ofrecía luego a su interlocutor—. Mañana será la batalla, y después ya no encontraremos dificultad alguna en el camino.

—Lo que es el ejército, no; pero, ¿quién nos libra a los que venimos en el convoy, de la guerrilla del padre Jarauta, de ese español que se ha propuesto no dejarnos dormir tranquilos?

—¿Tiene usted miedo, acaso?

—Por mí, no.

—Pues ¿por quién?

—Por el tesoro que nos ha dado usted a guardar.

—Gracias.

—Ya ve usted, señor Willey, que si llegase a caer la litera en que viene Adela en manos de él o de cualquier otro guerrillero mexicano, de los muchos que hay, todas las esperanzas de usted en conseguir el amor de esa joven, por quien tanto ha gastado, vendría por tierra en un instante.

—Lo sé, y por lo mismo no sucederá: al primer tiro que yo escuche hacia ese rumbo, acudiré inmediatamente.

—Lo que es por nuestra parte, siempre estaremos vigilando.

—Sí; es preciso no dejarse sorprender.

—Llevamos ya nueve días de estar enfrente del enemigo, y esta inacción, que atribuyen a cobardía los contrarios, ha dado brío a las guerrillas, y a los que estamos algo retirados, cuidados muy serios.

—Le aseguro a usted que mañana será la acción decisiva y que después nada tenemos que temer.

—Dios lo quiera.

—¿Y Adela cómo se encuentra?

—Triste y hermosa como siempre.

—¿Y sigue maldiciendo mi nombre?

—Ahora más que nunca; porque dice que a los males que por usted sufre y a la crueldad con que la sacó usted de su casa, reúne usted el delito de haberse unido a las filas de los que destruyen su patria, olvidándose de los favores que ha recibido usted de este hermoso país.

—Ya haremos de manera que se le vaya quitando el rencor contra mí.

—Pronto se docilitará.

—Lo que le encargo a usted, es, que a nadie se le permita hablar con ella.

—De eso no hay cuidado.

—Que todos crean que es mi mujer, y que va enferma.

—Así lo decimos.

—¿Y le ha dejado usted bien custodiada?

—Mis dos compañeros no se apartan de su lado; y si yo me he separado estos instantes, ha sido porque era preciso que viniese por dinero para nuestros crecidos gastos.

—Pues ya lleva usted lo necesario ahora.

—Y algo más.

—¿Desea usted otra cosa?

—Nada, sino que Dios nos dé la libertad mañana.

—Así lo espero. ¿Y dónde anda Eugenia, la leal carcelera de Luz? Se me presentó en cuanto llegé de México, y no la he vuelto a ver.

—Es que está muy ocupada.

—¿Y en qué?

—Con lo que sacó de servir a usted, ha puesto una magnífica cantina entre los trenistas, y viene ganando el dinero que quiere.

—Me alegro infinito.

—Adiós, señor Willey.

—Adiós.

Y el doctor, no bien se alejó el hombre con quien había estado hablando, se acostó vestido y armado en su tienda de campaña, para descansar las horas que faltaban de la noche. Entre tanto, en el campamento mexicano, se trabajaba con actividad. Los entendidos jefes de ingenieros, Robles y Cano, hacían en el cerro las fortificaciones más urgentes; y el general en jefe hizo subir a él dos piezas de doce y una de dieciséis, servidas por inteligentes artilleros. Para no perdonar diligencia alguna que pudiese contribuir al triunfo, envió una orden al general Arteaga, que en el mismo día 17 había llegado a Jalapa con su brigada, compuesta de dos batallones activos y de Guardia



Nacional del Pueblo, para que se pudiese inmediatamente en marcha hacia Cerro Gordo. Todo era animación en el campo mexicano. En vez de tiendas de campaña se habían levantado ligeras barracas que daban una vista pintoresca al campamento. Junto a una de éstas, se paseaba un joven oficial, de franca fisonomía, del brazo de otro joven que, por sus insignias, indicaba ser médico del ejército.

—Hoy ha sido día de gloria y satisfacción para usted, querido Rafael.

—Sí, amigo don Juan. Apenas acababa de recibir la carta, de mi leal amigo Núñez, donde nos comunica la grata nueva de estar Luz libre de las garras de su inicuo raptor, cuando la victoria ha venido a sonreírnos, rechazando al enemigo.

—Ahora no deseará usted la muerte, como en la Angostura.

—No; ahora, don Juan, quiero vivir para amar, para ser feliz y hacer la felicidad de la mujer más virtuosa de la tierra.

—¿Y usted nada ha podido averiguar ni escribir a Núñez, con respecto a la simpática Adela?

—Nada; tengo el sentimiento.

—¿Pero el padre Enrique que fué su confesor?

—Ignora lo que ha sido de ella.

—Es decir, que lo único que sabe, por lo que confesó Duval al morir, es que el raptor fué Willey, y que la hizo salir hacia Veracruz en una litera.

—Eso es lo que Núñez me escribe en su carta.

—Yo lo sospechaba desde hace mucho tiempo.

—Y yo me alegro que él sea.

—¿Por qué?

—Porque mañana le buscaré en el combate para obligarle a que ponga en libertad al hechicero ser que tiene cautivo; me toca a mí que soy militar, y lo haré con todo el placer de mi corazón.

—Gracias.

—Estoy seguro que don Félix, el antiguo dependiente de Flan, ahora que se halla libre, no perdonará medio alguno para encontrar a la que daba el dulce título de prima, y quiero ver si yo logro, antes que él, llevar la feliz nueva al generoso Núñez.

—¡Pobre Félix! También ha padecido bastante por causa de nuestro enemigo común.

—Como que se vió ya en las garras del verdugo.

—Cierto; pero por fortuna, aquel susto le ha sido recom-

pensado generosamente, según me escribe Núñez en la misma carta que he recibido.

—¿De veras?

—Hoy es uno de los primeros capitalistas de México.

—¿Cómo?

—Registrando la justicia los papeles del señor Flan, sobre cuyos bienes se echó el gobierno, creyendo que había muerto sin testar, se encontró un testamento en toda forma, donde nombraba por herederos de cuanto tenía, a su dependiente y a Soledad, cuyo verdadero nombre es Adela.

—¿Será posible?

—No cabe duda.

—¡Qué felicidad!

—Así es que el gobierno ha tenido que devolver los bienes, y don Félix se encuentra hoy girando todo el capital, interin parece la joven.

—¿Quiere decir que Núñez está llamado a ser poderoso?

—En cuanto aparezca Adela, y se enlace a ella.

—¡Oh!, ahora más que nunca deseo que llegue la hora del combate, para buscar a ese infame Willey, y arrancar de sus manos a su inocente víctima.

—Y la arrancaremos.

—De esa manera su matrimonio con Núñez, y el de usted con la hermosa Luz, se efectuarán en un mismo día.

—Así se lo escribo.

—¿Y de Leopoldo y Clotilde, qué le dice a usted?

—Que el valiente artista ha diferido su enlace con la joven que idolatra, para después de terminar la campaña abierta contra el invasor; pues teniendo el deber de combatir en defensa de la patria, juzga imprudente unirse a la mujer que ama, condenándola a vivir en continuo sobresalto por su vida, en los instantes en que debe consagrársela toda entera.

—Y piensa en eso con la rectitud y el juicio que acostumbra.

—Su espera será bien corta, porque vencido, como espero, mañana el enemigo, tendrá éste que huir a reembarcarse y la paz quedará afianzada para siempre.

—Esa misma esperanza me halaga.

Un toque de corneta interrumpió aquel diálogo.

—Es orden —dijo el joven oficial—. Voy a ver lo que ocurre.

—Y yo a visitar a los heridos que tuvimos en la acción de esta tarde.

—Adiós, don Rafael.



—Adiós, don Juan.

Y el intrépido joven se acercó al general Santa-Anna, que se ocupaba en persona, en aquel momento, en situar una batería a la orilla del camino, a la boca de una boca cosa barranca, casi delante del cuartel general. Algunos cañonazos disparados del cerro del Telégrafo, por orden del general Vázquez, que mandaba aquel punto, manifestaba que los norte-americanos se ocupaban en establecer, amparados por las sombras de la noche, alguna batería en el cerro de la Atalaya, hacia donde se dirigían los disparos. Y en efecto, era así. El invasor trabajaba con asombrosa actividad, y hacía sus preparativos de ataque para el próximo día. Los mexicanos estaban impacientes por que éste llegase.

Por fin amaneció el 18. El estruendo del cañón enemigo, fué la salva con que saludó a la aurora. La batería que durante la noche habían conseguido colocar en la Atalaya los invasores, fué la primera que rompió sus fuegos sobre el cerro del Telégrafo, que contestó por su parte, con vigor y acierto.

El general Santa-Anna acababa de situar la batería, de que antes hicimos mención, a la orilla del camino, y los ingenieros Robles y Cano construían bajo los fuegos enemigos, obras ligeras en la falda del cerro del Telégrafo.

Las posiciones de la derecha y del centro de la línea, estaban defendidas por las mismas valientes fuerzas que desde antes habían estado en ellas; el primero y segundo ligeros, que al amanecer habían bajado a tomar el rancho, se les ordenó que subiesen al cerro, lo que efectuaron en el acto; la derecha, la volvió a ocupar el sexto de infantería, que contaba con gente entusiasta y bien dispuesta; el cuarto de línea, que tan bizarramente se había conducido el día 17, quedó defendiendo el mismo sitio en que tan severa lección había dado al invasor. Sobre el camino se situó la caballería que había llegado de Corrar-Falso, apoyando su derecha enfrente de una batería muy bien dotada, que se acababa de establecer y que se hallaba sostenida por el batallón de infantería número 11, mientras los cuerpos ligeros tercero y cuarto, permanecían formados también en el camino, dispuestos para marchar al sitio que se les señalase.

Este era el orden que el ejército mexicano guardaba antes de que saliese el sol. A los primeros rayos de la luz del día, comenzó el fuego de cañón, que fué siendo más nutrido entre los cerros, llegando a sucederse los disparos de ca-

ñón con una prontitud extraordinaria. Los invasores, provistos de todos los elementos de guerra, que traían en abundancia, lanzaban como una constante lluvia granadas, cohetes y toda clase de proyectiles sobre el cerro y el camino, causando no pocas víctimas, pero sin lograr disminuir en lo más mínimo el entusiasmo de los que defendían aquellos puntos. Los norte-americanos, queriendo aprovechar aquellos instantes en que creían a los mexicanos dominados del terror que causa al ver constantemente sobre nuestras cabezas el elemento de muerte que amenaza destruirnos, avanzaban formados en varias columnas por detrás de la Atalaya, y por las escabrosidades del frente de la izquierda mexicana, procurando presentar el menor flaco posible. Dispuesta de esta manera la fuerza invasora, a eso de las siete de la mañana, una de las columnas, al mando del general Twiggs, emprendió el ras en la falda del cerro del Telégrafo.

Establecida la batería de la izquierda por el activo general en jefe Santa-Anna, que recorría todos los puntos con una intrepidez sin ejemplo, marchó sin detenerse a las posiciones de la derecha, observando siempre los movimientos del enemigo. Al pasar la batería que se hallaba en el centro, se detuvo un instante, y notando desde aquel punto el nutrido fuego de cañón que hacían las tropas mexicanas, envió un ayudante, recomendando al general Vázquez, que economizase las municiones para emplearlas con más provecho cuando se acercase el invasor, y que pusiese a su gente al abrigo de los fuegos enemigos. Cuando el general Santa-Anna, de vuelta de visitar todos los puntos, se hallaba próximo al Telégrafo, se rompió un vivo fuego de fusilería, y activo y previsor, hizo que inmediatamente subieran los batallones tercero y cuarto ligeros, en auxilio de los compañeros de armas que defendían heroicamente aquel punto.

Los norte-americanos, cubriéndose con los árboles, arbustos y maleza que abundan en el terreno que traían, y dividiéndose en tiradores, avanzaban a paso veloz para que sus víctimas fueran menos.

Sobre los ligeros parapetos que se habían empezado a construir esa misma mañana, marchaba resuelto el invasor, haciendo todos los esfuerzos posibles por desalojar de ellos, al tercero de línea, segundo ligero, y parte del cuarto, que se defendía con notable valor.

No menos esfuerzos hacían los invasores sobre la izquierda del Telégrafo, que estaba defendida por el cuarto